



SIMPOSIO INTERNACIONAL DE CATEQUETICA



***Lumen fidei*. La primera encíclica del Papa Francisco. “Hemos creído en el amor”.**

Tratando de la catequesis no nos podemos ahorrar una reflexión sobre la fe, pues en último término se trata en ella de la transmisión de esta fe. Para orientarnos en nuestras consideraciones no podemos encontrar nada mejor que el último documento magisterial importante dedicado a este tema: la encíclica *Lumen Fidei* del Papa Francisco, su primera encíclica. Dado que en una exposición como la nuestra no podemos abarcar toda la temática me centraré en el primer capítulo, que lleva por título *Hemos creído en el amor*, aunque haremos también algunas referencias a las otras partes del documento.

Todos conocemos las curiosas vicisitudes, un poco particulares, de la redacción de esta encíclica; podríamos decir que ha sido escrita a cuatro manos. Materialmente; lo dice el mismo texto, una gran parte de la encíclica es del Papa Benedicto XVI (cf. n.7), formalmente es toda del Papa Francisco, que la ha firmado y le ha conferido con ello el valor magisterial del que de otra manera el texto no gozaría. Es un hermoso signo de la continuidad del magisterio, más allá de las personas concretas que en cada momento ejercen este *munus docendi* para el bien de toda la Iglesia. Esta encíclica sobre la fe de algún modo completa las dos encíclicas anteriores del Papa Benedicto XVI, la primera sobre el amor *Deus caritas est* y la segunda sobre la esperanza *Spe salvi*. La fe, la esperanza y la caridad, aparecen ya unidas en el Nuevo Testamento como las actitudes fundamentales de la existencia cristiana que, pasando el tiempo la doctrina católica y la teología llamarán “virtudes teologales”, porque constituyen el eje de nuestra relación con Dios y de nuestra directa referencia a él¹. En diversas ocasiones las hallamos juntas en el Nuevo Testamento. El texto de 1 Cor 13,13 es tal vez el más significativo: «Quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor». También es digno de mención el pasaje de 1 Tes 1,3: «Sin cesar recordamos ante Dios la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y la firmeza de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor». El Papa Francisco, al final del prólogo de su encíclica, nos ofrece una bella relectura de la trabazón indestructible de estas tres virtudes: «En la fe, don de Dios, virtud sobrenatural infusa por él, reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una palabra buena, y que, si acogemos esta palabra, que es Jesucristo, Palabra encamada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría. Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios» (LF 7).

La encíclica se situó originariamente en el contexto del Año de la Fe, que se celebró para conmemorar el 50° aniversario del comienzo del concilio Vaticano II (1962-2012), y lleva la fecha significativa del 29 de junio de 2013, la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo del primer año de pontificado del Papa Francisco. A Pedro fue

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1812: “Virtudes... theologales directe ad Deum referuntur”. [Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios.]

encomendada la tarea de confirmar en la fe a los hermanos (cf. Lc 22,32), que sigue siendo la misión confiada a su sucesor, el obispo de Roma pastor de la Iglesia universal. Pablo predicó el evangelio a todas las gentes y pueblos del mundo entonces conocido y también en Roma, como Pedro, dio el supremo testimonio del martirio.

Lumen fidei.

El título de la encíclica nos indica que la fe nos señala un camino a seguir, nos lo ilumina. La luz y las tinieblas constituyen un antagonismo fundado en la elemental experiencia humana y que la Sagrada Escritura ha recogido abundantemente; como sabemos, llega a su máximo desarrollo en los escritos de Juan. Dios mismo es caracterizado como luz que excluye toda tiniebla: «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna... si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros y la sangre de su Hijo Jesús nos libra de todo pecado» (Jn 1,5.7). Jesús se define también a sí mismo como la luz del mundo, el que tóos trae la luz de Dios: «Yo soy la luz del mundo (*Ego sum lux mundi*); el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12; cf. 12,46). La luz de la fe es precisamente la luz de Cristo, porque quien lo sigue y cree en él no anda en las tinieblas.

La luz de la fe, nos dice el Papa Francisco, es capaz de iluminar toda nuestra existencia. Es así porque se trata de la luz que es Cristo, no es una luz que venga de nosotros, viene solo del encuentro con Dios. La fe que, como bien sabemos, es don de Dios, es la respuesta humana a Dios que viene a nosotros. Es una enseñanza constante de la Iglesia que la iniciativa de nuestra búsqueda de Dios viene de Dios mismo. San Agustín, y con él otros muchos Padres y Doctores, decía que nadie busca a Dios si no es movido por Dios mismo². La fe es la respuesta humana a Dios que se nos revela, que se acerca a nosotros, que quiere encontrarse con nosotros. Por la fe el hombre se abandona completamente a Dios libremente, y le presta el obsequio de su inteligencia y de su voluntad y asiente voluntariamente a su revelación (cf. DV 5)³. La fe es la respuesta integral del hombre, en su inteligencia y su voluntad, a Dios que se acerca a él. Precisamente para poner de relieve esta entrega total del hombre a Dios la doctrina católica ha hablado de la *fides qua*, la fe con la que se cree, que significa precisamente esta entrega, y la *fides quae*, el contenido de la fe que se afirma, que no puede ser más que el misterio de Dios y nuestra salvación. Solo se puede creer en Dios, y en Dios solo se puede creer. Los dos aspectos, que se pueden y se deben distinguir, no se pueden nunca separar. Así “creer” implica una doble relación: a la persona y a la verdad; a la verdad a causa de la confianza en la persona que la testimonia⁴. A la cuestión de la verdad dedica la

² *Soliloquiorum lib.* I 1, 3 (PL 32,870): «*Deus, quem nemo quaerit nisi admonitus*» [“Dios, a quien nadie busca sino avisado”]. San Anselmo, *Proslogion* I (Schmitt 1, 100): «*Doce me quaerere te, et ostende te quaerenti; quia nec quaerere te possum, nisi tu doceas, nec invenire, nisi tu ostendas. Quaeram te desiderando, desiderem quaerendo, inveniam amando, amem inveniando*». [“Enséñame a buscarte y muéstrate al que te busca; porque no puedo buscarte si tú no me enseñas, ni encontrarte si tú no te muestras. Que te busque deseándote, que te desee buscándote, que te encuentre amando, que te ame encontrándote”]. Los ejemplos de la misma idea en la Tradición pueden multiplicarse; cf. L.F. Ladaria, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad*, Salamanca ⁵2014, 21.

³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 142-144; 1814.

⁴ Cf. *ib.* 177.

encíclica algunos párrafos del capítulo segundo (LF 23-25)⁵. El conocimiento de la verdad se encuentra en el centro de la fe, porque está, sin verdad, no salva, no da seguridad a nuestros pasos, puede ser solo una bella fábula que nos satisface en la medida en que queremos hacer una ilusión. Por su relación intrínseca con la verdad la fe nos ofrece una luz nueva, superior a nuestros cálculos. Por otro lado la fe implica la total confianza y la apertura al amor. La verdad que buscamos nos ilumina cuando el amor da sentido a nuestro caminar. Verdad y amor se juntan en el fondo de nuestro corazón: «Con el corazón se cree» (Rom 10,10) (cf. LF 26)⁶. La fe que creemos y fe con la que creemos y nos abrimos a Dios van juntas. En la fe y el amor nos confiamos enteramente a Dios, la fe y la total confianza van juntas. Según Hebreos 11,1, «la fe es fundamento de lo que se espera y garantía de lo que no se ve». El fundamento y la garantía nos dan la confianza de estar sólidamente asentados. Señala el Papa Francisco: «La fe es un don gratuito de Dios que exige la humildad y el valor de fiarse y confiarse, para poder ver el camino luminoso del encuentro entre Dios y los hombres, la historia de la salvación» (LF 14).⁷ Sin la confianza y el amor no se descubre el camino luminoso. «Quien se pone en camino para practicar el bien se acerca a Dios, y ya es sostenido por él, porque es propio de la dinámica de la luz divina iluminar nuestros ojos cuando caminamos hacia la plenitud del amor» (LF 35).

Hemos creído en el amor

¿Cómo se concreta la fe en Dios que se revela en Cristo en quien la revelación tiene su culmen y llega a su pleno cumplimiento (Vat. II, DV 2.4)? El primer capítulo de la encíclica tiene un título y un contenido enormemente expresivo: “Hemos creído en el amor” (cf. 1 Jn 4,16). Entenderemos mejor este título si tenemos en cuenta todo el versículo del que está tomado: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). Dios es amor, creer en Dios es creer en el amor. Dios, en efecto, se nos ha dado a conocer como aquel que nos ama. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16; cf. 1 Jn 4,9-10). Es precisamente esta revelación histórico-salvífica la que permite la “definición” de Dios como amor de 1 Jn 4,8.16; Dios es amor, no solamente lo tiene o lo practica o nos lo muestra. Esta “definición” nos introduce por tanto en el ser mismo de Dios, en su ser eterno, en lo que los Padres de la Iglesia llamaban la “teología”, la

⁵ El Papa se refiere en concreto al texto fundamental de Is 7,9, «si no creéis no subsistiréis», traducido al griego como «si no creéis no comprenderéis». Y comenta: «Se podría pensar que la versión griega de la Biblia, al traducir “subsistir” por “comprender”, ha hecho un cambio profundo del sentido del texto, pasando de la noción bíblica de confianza en Dios a la griega de comprensión. Sin embargo, esta traducción, que aceptaba ciertamente el diálogo con la cultura helenista, no es ajena a la dinámica profunda del texto hebreo... El profeta invita a comprender las vías del Señor, descubriendo en la fidelidad de Dios el plan de sabiduría que gobierna los siglos» (LF 23).

⁶ LF 27: «Si el amor necesita la verdad, la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca».

⁷ *Lumen Fidei* 36: «La fe recta orienta la razón a abrirse a la luz que viene de Dios para que, guiada por el amor a la verdad, pueda conocer a Dios más profundamente. Los grandes doctores y teólogos medievales han indicado que la teología, como ciencia de la fe, es una participación en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo».

consideración y la contemplación de Dios en sí mismo y en particular de su misterio trinitario, en contraposición a la “economía”, el modo de manifestarse de Dios a nosotros, que es por otra parte el único camino que se nos abre para acceder a la divinidad⁸.

El Papa recorre las etapas de la historia de la fe, comenzando con Abraham, al que define, inspirado en san Pablo, como nuestro padre en la fe (cf. Rom 4,11.16; Gál 6,7). Abraham ha respondido a una palabra, una palabra que era una promesa: «te haré padre...», cuando el patriarca era entrado en años y su mujer Sara era estéril (cf. Gn 13,16; 15,5; 22,17). A esta palabra responde Abraham, fiándose del Dios fiel, La fe del hombre, de Abraham en este caso, es la respuesta adecuada a la fidelidad original de Dios. Los hombres reciben su fuerza en la medida en que se confían en las manos de Dios. La Biblia hebrea usa el término *emunah* para referirse tanto a la fidelidad de Dios como a la fe del hombre. Se expresa así la correspondencia entre ambas. Lo mismo ocurre en griego con el término *pistós* y en latín con la palabra *fidelis*, que se aplican a Dios y al creyente. San Cirilo de Jerusalén notaba que este hecho de que se use el mismo calificativo para hablar de Dios y del cristiano era signo de la gran dignidad de este último⁹. El Papa cita un bello texto de san Agustín: «El hombre es fiel creyendo a Dios, que promete; Dios es fiel dando lo que promete al hombre»¹⁰ (cf. LF 10).

La fe, que se funda en la memoria, orienta hacia el futuro. El amor originario de Dios nos proyecta más allá de la muerte, como muestra la gran prueba de la fe de Abraham, el sacrificio de Isaac, el hijo de la promesa. No en vano el Dios en quien Abraham ha creído es el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia las cosas que no son (Rom 4,17). Pasado y presente, la creación de todas las cosas de la nada y la constante providencia de Dios, se combinan con el futuro que nos espera, la parusía del Señor y la resurrección de los muertos (LF 11).

Después de haber hablado de Abraham, el Santo Padre pasa revista a los diferentes momentos de la historia de Israel. Abraham, anticipando el futuro, creyó ya en el amor, como también el pueblo de Israel, que bajo la guía de Moisés vivió la experiencia del Éxodo como un niño que camina de la mano de su padre (cf. Dt 1,31). El libro del Éxodo usa otra imagen: Dios ha conducido a su pueblo «sobre alas de águila» y lo ha llevado hacia él (Ex 19,4). El Señor, y no los ídolos, condujo a su pueblo hasta la tierra prometida: «El Señor solo los condujo, no hubo dioses extraños con él» (Dt 32,12). La confesión de fe de Israel es la narración de los beneficios de Dios para liberar y conducir a su pueblo (cf. Dt 26,5-11). El Papa pone el ejemplo de las catedrales en las que la luz llega desde lo alto a través de las vidrieras en las que se representa la historia sagrada. La luz de la fe está vinculada a una historia concreta, que es la historia de los beneficios de Dios y del cumplimiento de sus promesas (cf. LF 12).

Pero la historia de Israel no conoce solo las figuras de creyentes y los momentos de fidelidad a Dios, sino también los de la idolatría. No siempre se soporta el rostro de Dios, mientras que los ídolos, que no ven ni oyen, están siempre a disposición del hombre, le permiten ponerse en el centro. Quien no quiere fiarse de Dios se fía de los ídolos. La fe

⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 236. Referencias a la distinción teología-economía en los Padres en L. F. Ladaria, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad* (n. 2), 46-47.

⁹ Cf. *Catechesis* V 1 (PG 33,505).

¹⁰ *In Ps. 32* II s. 1 9 (PL 36,284).

es siempre volver al Dios vivo mediante el encuentro personal (LF 13), y, enseña san Pablo, no se apoya en la sabiduría de los hombres sino en el poder de Dios (cf. 1 Cor 2,5).

La mediación de Moisés, preludio de la del único Mediador Cristo Jesús, es fundamental en el camino de la fe del pueblo de Israel. Es la mediación que nos hace participar en la visión del otro, en la experiencia de fe de Moisés en este caso, que transmite a todo el pueblo la voluntad del Señor. La mediación mantiene unido al pueblo. Esta mediación era una prefiguración de la mediación única de Jesús. Solo a la luz de Cristo viene la revelación definitiva: «A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). El testimonio es un elemento esencial de la fe y de su transmisión. Empezando por el testimonio de Cristo, el “testigo fiel” (Ap 1,5; cf. 1 Tim 6,13, dio testimonio ante Poncio Pilato) y continuando por el de los apóstoles. Dice Pedro antes de la elección de Matías: «Es necesario que uno de los que nos acompañaron... se asocie a nosotros como testigo de su resurrección» (Hch 1,21-22); El testimonio de Jesús y el de los apóstoles se hace vida y se perpetúa a través de los tiempos en el testimonio de la Iglesia, que precisamente por esto confesamos como “apostólica”.

La fe cristiana en su plenitud

El Papa Francisco nos recuerda una frase del evangelio de Juan: «Abraham... saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio y se alegró» (Jn 8,56). La fe de Abraham estaba ya orientada a Cristo que iba a venir. Abraham vio a Cristo “en el espíritu” repetían los Padres de la Iglesia¹¹ Hacia Cristo) que iba a venir va la fe de Abraham, en tensión hacia el definitivo acontecimiento de la venida de Cristo en la carne. «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por el Hijo» (Heb 1,1-2). En él convergen todas las líneas del Antiguo Testamento, en él se reúne y se concentra la “sinfonía” de salvación y la voz de muchas aguas de que hablaba san Ireneo¹², refiriéndose a los patriarcas y profetas. Jesús es la manifestación más grande del amor de Dios por nosotros, la Palabra definitiva del Padre, la Palabra eterna¹³, la Palabra por antonomasia, que constituye la plena garantía de su amor. Señala el Papa: «La fe cristiana es por tanto fe en el amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo y de iluminar el tiempo. “Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último» (LF 15).

En la muerte del Señor en la cruz se muestra la fiabilidad total de su amor por nosotros. En este momento culmina la mirada de fe, porque ahí resplandece el amor en el que podemos creer: «En esa hora resplandece el amor divino en toda su altura y amplitud...En ese amor, que no se ha sustraído a la muerte para manifestar cuánto me

¹¹ Algunos testimonios en L.F. Ladaria, *El Espíritu en Clemente Alejandrino*, Madrid 1980, 27. A ellos se puede añadir el de la *Carta de Bernabé*, 9,7 (FP 3, 190-191).

¹² Cf. *Adv. Haer.* IV 14,2 (SCh 100, 544): «Muchas aguas son de verdad el Espíritu, por lo rico y por lo grande que es el Padre».

¹³ Se puede ver a propósito Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Verbum Domini* 11-13, “Cristología de la Palabra”.

ama, es posible creer; su totalidad vence cualquier suspicacia y nos permite confiar plenamente en Cristo» (LF 16).

No podemos separar la cruz de la resurrección ni viceversa. El amor de Dios aparece fiable a la luz de la resurrección. Si el amor del Padre no hubiera resucitado a Jesús de entre los muertos no sería un amor plenamente fiable, no sería capaz de iluminar las tinieblas de la muerte. En cuanto resucitado Cristo es el testigo «fiel en lo que a Dios se refiere» (Heb 2,17). Dios es fiel y lo es Jesús. La fe confiesa el amor de Dios que actúa en la historia; de lo contrario su amor sería irrelevante, creer en él o no creer resultaría indiferente. «Los cristianos, en cambio, confiesan el amor concreto y eficaz de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, amor que se deja encontrar, qué se ha revelado en plenitud en la pasión, muerte y resurrección de Cristo» (LF 17).

San Pablo nos exhorta en Flp 2,5 a que tengamos los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. también Rom 15,5). El Papa Francisco nos dice que Jesús no es solo aquel en quien creemos, sino aquel con quien nos unimos para poder creer: «La fe no solo mira a Jesús, sino qué mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver» (LF 18)¹⁴. Tenemos necesidad de fiamos de un experto en las cosas de Dios, como tenemos necesidad de fiamos de los expertos en nuestra vida cotidiana. Jesús es aquel que nos explica a Dios. «La vida de Cristo - su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él - abre un espacio nuevo a la experiencia humana, en el que podemos entrar» (LF 18). Para mostrar la importancia y los matices de la relación personal con Jesús en la fe, el Papa alude a la distinción clásica, *credere Deum (Christum), Deo (Christo), in Deum (in Christum)*¹⁵, como se encuentra ya anticipada en el evangelio de San Juan: «Junto a “creer que” es verdad lo que Jesús nos dice (cf. Jn 14,10; 20,31), san Juan usa también las locuciones “creer a” Jesús y “creer en” Jesús. “Creemos a” Jesús cuando aceptamos su Palabra, su testimonio, porque él es veraz (cf. Jn 6,30). “Creemos en” Jesús

¹⁴ **Lumen Fidei** 46: « [En la oración del Padrenuestro] el cristiano aprende a compartir la misma experiencia espiritual de Cristo y comienza a ver con los Ojos de Cristo. A partir de aquel que es luz de luz, del Hijo unigénito del Padre, también nosotros conocemos a Dios y podemos encender en los demás el deseo de acercarse a él». Podemos recordar aquí el *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2761.2774, que cita el conocido texto de Tertuliano, según el cual el Padrenuestro es el “*breviarium totius evangelii*” [“la síntesis de todo el evangelio”]: **De oratione** 16 (CCL I, 1255).

¹⁵ Distinción desde antiguo atribuida a San Agustín, **Sermo de Symbolo** I (PL 40,1190-1191): «*Aliud enim est credere illum, aliud credere in illum. Credere illi est credere vera esse quae loquitur; credere illum, credere quia ipse est Deus. Credere in illum, diligere illum*» [“Una cosa es creerle a Él y otra es creer en Él. Creerle a Él es creer que es verdad lo que dice; creerle a Él, creer porque Él es Dios. Creer en Él es amarlo”]. Sto. Tomás, **STh** II-II q.2, a.3: «...*Si vero consideretur tertio modo obiectum fidei, secundum quod intellectus est motus a voluntate, sic ponitur actus fidei credere in Deum: veritas autem prima ad voluntatem refertur, secundum quod habet rationem finis*» [“Mas hay un tercer modo de considerar el objeto de la fe, y es la moción del entendimiento por la voluntad. En este caso, el acto de fe viene expresado por la fórmula *creer en Dios*, pues la verdad primera dice orden a la voluntad en cuanto tiene para ella razón de fin”]. Un estudioso de Joseph Ratzinger, D. Wiedenhofer, **Die Theologie Joseph Ratzingers/ Papst Benedikt XVI. Ein Blick auf das Ganze**, Regensburg 2016, 122, escribe: «*Der Glaube ist die Liebe, die teilhat an der Liebe Christi, indem sie in das kirchlich geweitete Ich Christi, in sein Mitleiden und Mitlieben eintritt*» [“La fe es el amor, que participa del amor de Cristo, en cuanto entra en Cristo, en su Yo, en sus sufrimientos y en su amor eclesialmente ensanchados”].

cuando lo acogemos personalmente en nuestra vida y nos confiamos a él, uniéndonos a él mediante el amor y siguiéndolo a lo largo del camino (cf. Jn 2,11; 6,47; 12,44)» (LF 18). Este “creer en, *credere in*” (*pisteuein eis*) es la novedad más característica del Nuevo Testamento cuando se habla de la fe. Mientras podemos creer que es verdad lo que alguien nos dice y podemos tener confianza y aceptar el testimonio de muchas personas, únicamente podemos abandonar de una manera incondicional a Dios y a Jesucristo su Hijo. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para que pudiéramos acogerlo y seguirlo; así su visión del Padre, de la que estamos llamados a participar, se ha realizado también al modo humano. La fe cristiana es fe en la encarnación y en la resurrección de la carne, es decir fe en un Dios cercano que ha entrado en nuestra historia. Nos da la visión real del mundo en que vivimos: «La fe en el Hijo de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo, descubrir cuánto ama Dios a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacia sí; y esto lleva al cristiano a comprometerse, a vivir con mayor intensidad todavía el camino sobre la tierra» (LF 19).

La salvación a partir de la fe

El que cree, el que acepta el modo de ver de Jesús, es transformado en una criatura nueva, recibe un ser filial, se hace “hijo en el Hijo”. La palabra que expresa la condición filial de Jesús es *Abbá*, Padre. La encontramos, en su original arameo, en Mc 14,36, en un contexto significativo, el de la oración del huerto, en el momento en que Jesús se abandona enteramente a su Padre: «no sea como yo quiero, sino como tú quieres». Esta palabra tan fundamental y tan característica de la experiencia de Jesús se convierte en expresión de la experiencia cristiana, tal como el apóstol Pablo nos la describe (cf. Rom 8,15; Gál 4,6). Gracias al Espíritu Santo también nosotros podemos llamar a Dios “*abbá*” y vivir como hijos de Dios. La vida en la fe es existencia filial, el reconocimiento de que en la base de nuestra existencia existe un don originario y radical: «¿Tienes algo que no hayas recibido? (1 Cor 4,7)» (LF 19).

Esta existencia filial está relacionada, según el papa Francisco, con la enseñanza paulina de la justificación por la fe, que ha dado lugar en la historia de la Iglesia, a partir de Lutero, a tantas controversias. La encíclica no entra en ellas, sino que se concentra en lo esencial de esta doctrina. El apóstol Pablo, rechaza la actitud de quien pretende justificarse ante Dios por sus propias obras. Quien así actúa, aunque cumpla los mandamientos y haga obras buenas, se pone a sí mismo en el centro, quiere ser la fuente de la propia justicia, y con ello se aparta del Señor y de los otros y su vida se hace estéril. «*Ab eo qui fecit te noli deficere, nec ad te*, no te apartes del que te hizo, ni siquiera para ir a ti»¹⁶, decía san Agustín. La parábola del fariseo y del publicano ilustra a la perfección esta verdad fundamental (cf. Lc 18,9-14). Nadie puede justificarse a sí mismo. Dios es quien justifica, nos dice san Pablo (cf. Rom 8,33). La salvación comienza siempre con la acogida de un don que nos precede. Solo abriéndonos a este origen podemos ser transformados, dejando que la salvación obre en nosotros y haga fecunda nuestra vida: «La salvación mediante la fe consiste en reconocer el primado del don de Dios, como bien resume san Pablo: “En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene

¹⁶ S. Agustín, *De continentia* 4,11 (PL 40,356), citado en LF 19.

de vosotros: es don de Dios” (Ef 2,8-9)» (LF 19). Podemos aquí recordar, aunque sea apartamos por un instante de nuestra encíclica, de la insistencia del Papa Francisco en la denuncia del error que significa creer que podemos salvarnos con nuestras propias fuerzas olvidando el don de Dios. En este sentido habla el Papa del “neopelagianismo”. Un ejemplo entre otros muchos: «...el neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan energías en controlar... Ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son manifestaciones de un inmanentismo antropológico»¹⁷.

Toda nuestra vida es don y lo es especialmente nuestra salvación. Por gracia estamos salvados, y la gracia en el Nuevo Testamento tiene un nombre propio, es Jesús. Él es, podríamos decir, la gracia, el favor de Dios en persona: «Se ha manifestado la gracia de Dios que trae la salvación para todos los hombres» (Tit 2,11). Y comenta el Santo Padre: «La lógica de la fe está centrada en Cristo. La fe en Cristo nos salva porque en él la vida se abre radicalmente a un amor que nos precede y nos transforma desde dentro, que obra en nosotros y con nosotros» (LF 20). La humanidad de Cristo es el lugar original de la presencia del Espíritu Santo en el mundo y su resurrección es el principio de su efusión a la Iglesia y a la humanidad¹⁸. Por su encarnación y su resurrección Cristo ha abrazado todo el camino del hombre y habita en nosotros mediante el Espíritu Santo que nos ha dado. La fe sabe que Dios es cercano a nosotros, y nos da la luz para comprender nuestra vida: «La fe sabe que Dios se ha hecho muy cercano a nosotros, que Cristo se nos ha dado como un gran don que nos transforma interiormente, que habita en nosotros, y así nos da la luz que ilumina el origen y el final de la vida, el arco completo del camino humano» (LF 20).

El creyente es transformado por el Amor, al cual se abre por la fe, y al abrirse al amor su existencia se dilata y se ensancha más allá de sí mismo¹⁹. El Papa Francisco hace referencia a algunos textos paulinos que nos muestran que el “yo” del creyente es habitado por Cristo y así se hace más grande la vida en el amor: «No soy yo el que vive, es Cristo que vive en mí» (Gál 2,20); «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones» (Ef 3,17). Esto es la obra del Espíritu: «El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partícipe de su Amor que es el Espíritu.

¹⁷ Francisco, Exort. Apos. *Evangelii gaudium* 94.

¹⁸ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, decl. *Dominus Iesus* 12: «En el Nuevo Testamento, el misterio de Jesús, Verbo encarnado, constituye el lugar de la presencia del Espíritu Santo y la razón (*principium*) de su efusión a la humanidad...».

¹⁹ *Lumen Fidei* 26: «La fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor». *Ib.* 27: «Solo en cuanto está fundado en la verdad el amor puede perdurar en el tiempo, superar la fugacidad del instante y permanecer firme para dar consistencia a un camino en común. Si el amor no tiene que ver con la verdad, está sujeto al vaivén de los sentimientos y no supera la prueba del tiempo. El amor verdadero, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida grande y plena. Sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido, no consigue llevar al “yo” más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para edificar la vida y dar fruto».

Y en este Amor se recibe en cierto modo la visión propia de Jesús. Sin la conformación en el amor, sin la presencia del Espíritu que lo infunde en nuestros corazones (cf. Rom 5,5) es imposible confesar a Jesús como Señor (cf. 1 Cor 12,3)» (LF 21)²⁰. El amor abre nuestros ojos, nos hace ver más, no es necesariamente ciego. La encíclica cita un bello texto de san Gregorio Magno, *amor ipse notitia est*, el mismo amor es conocimiento²¹ (cf. LF 27).

La referencia a la unión con Cristo y a la presencia del Espíritu en nuestros corazones lleva como de la mano a la reflexión sobre la dimensión eclesial de la fe. Si el creyente se ve a sí mismo a partir de la fe, si en la figura de Cristo; descubre lo que debería ser su imagen, no puede no contemplarse dentro del cuerpo de Cristo en el que este abraza a todos los creyentes, ha de verse en relación con Cristo y con los hermanos en la fe. La fe tiene una dimensión eclesial. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos ha recordado que la dimensión personal y la comunitaria de la fe no pueden separarse. “Yo creo, nosotros creemos”²². El acto de fe es necesariamente personal porque implica a toda la persona; nadie puede creer por otro, ni ser bautizado en lugar de otro, pero a la vez no nos hemos bautizado a nosotros mismos, hemos sido bautizados por y en la Iglesia. Por ello la fe es necesariamente, al mismo tiempo que personal, eclesial, porque la fe que profesamos en nuestro bautismo es la de la Iglesia, se acepta la fe que se nos presenta en la Iglesia y por la Iglesia.

Sin perder nuestra individualidad personal, somos parte de un cuerpo, del cuerpo de Cristo. Y desde este ámbito eclesial la fe abre a cada cristiano a todos los hombres. Nos dice el Papa Francisco: «La fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, no es una relación exclusiva entre el “yo” del fiel y el “Tú” divino, entre un sujeto autónomo y Dios. Por su misma naturaleza se abre al “nosotros”, se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia. Nos lo recuerda la forma dialogada del Credo usada en la liturgia bautismal. El creer se expresa como respuesta a una invitación, a una palabra que ha de ser escuchada y que no procede de mí... Es posible responder en primera persona, “creo”, solo porque se forma parte de una gran comunión, porque también se dice “creemos-’”. Esta apertura al “nosotros” eclesial refleja la apertura propia del amor de Dios, que no es solo relación entre el Padre y el Hijo, entre el “yo” y el “tú”, sino que en el Espíritu es también un “nosotros”, una comunión de personas» (LF 39). Notemos el paralelismo que aquí se establece entre los dos términos del diálogo Dios-hombre. Se dirige a nosotros el Dios uno y trino, ciertamente en su unidad, pero también en la distinción de las personas, en su “nosotros” divino. Y en la respuesta a este “nosotros” divino está el “nosotros” de la Iglesia, de los creyentes que forman también una unidad, la unidad del cuerpo de Cristo, sin que la personalidad de ninguno de ellos sea absorbida o desaparezca en el todo. La relación, la unidad en la distinción, es fundamental en el cristianismo, a partir de la fe en el Dios uno y trino, verdad primera y fundamental de la que brotan todas las demás²³. En la relación entre el “nosotros” divino y el humano se trata evidentemente de una analogía, el “nosotros” divino y el humano no son unívocos,

²⁰ Cf. también *Lumen Fidei* 38.

²¹ *Homiliae in Evangelia* II 27,4 (PL 76,1207).

²² *Catecismo de la Iglesia Católica*, 167. Cf. también Benedicto XVI, carta Apostólica en forma de Motu proprio, *Porta Fidei* 10.

²³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 234.

maior est dissimilitudo, según la enseñanza del concilio Lateranense IV (DH 806), expuesta precisamente en un contexto semejante al que nos ocupa²⁴. Pero la analogía mantiene su valor. Por ello puede decir el Papa, con todo sentido, que quien cree nunca está solo, porque la fe tiende a difundirse y a compartir con otros su gozo y su alegría (cf. LF 39). No hay fe sin el “nosotros” del “creemos”, como por supuesto tampoco la hay sin el compromiso personal del “yo creo”.

En virtud de esta dimensión eclesial, la fe nace de la escucha y está destinada a convertirse en anuncio²⁵. Como decía san Pablo, «transmito lo que he recibido» (cf. 1 Cor 15,3). Es el título del tercer capítulo de la encíclica. La fe hace al cristiano partícipe del camino de la Iglesia peregrina desde sus comienzos hasta su cumplimiento final. Los sacramentos son el momento privilegiado de la transmisión de la fe de Iglesia de generación en generación (cf. LF 40-45). La fe da nuevos ojos y nueva vida, y nos hace comprender el sentido del mundo y de la historia. Señala el Papa: «Mediante la experiencia de los profetas, en el sufrimiento del exilio y en la esperanza de un regreso definitivo a la ciudad santa, Israel ha intuido que esta verdad de Dios se extendía más allá de la propia historia, para abarcar toda la historia del mundo, ya desde la creación. El conocimiento de la fe ilumina no solo el camino particular de un pueblo, sino el decurso completo del mundo creado, desde su origen hasta su consumación» (LF 28). En otras palabras, Israel ha comprendido cada vez más que *su* Dios era el Dios de todos los pueblos y de todo el mundo.

Conclusión

La fe es luz porque nos hace creer en el Amor que nos transforma. Nos ilumina para entender el sentido de nuestra existencia y la del mundo entero. Esta luz viene del amor que es Dios, el amor en el que la Trinidad vive eternamente y que ha derramado sobre los hombres²⁶. El amor es la primera palabra, está en el comienzo. Por ello creemos en el amor de Dios como realidad que nos precede. Creer en el amor tiene que llevar a amar. “Amor saca amor”, decía Santa Teresa de Jesús²⁷. La fe en el Dios amor lleva al amor de Dios y del prójimo. El amor se convierte así también en la última palabra. Decía San Ignacio de Antioquía: «...la fe y el amor perfectos... son el principio (*arché*) y la

²⁴ Concilio IV de Letrán (DH 806): «Cuando la Verdad misma ora por sus fieles al Padre, diciendo: “Quiero que ellos sean una sola cosa en nosotros, como también nosotros somos una sola cosa” (Jn 17,22), el término “una sola cosa” en cuanto a los fieles se toma para dar a entender la unión de caridad en la gracia, pero en cuanto a las personas divinas para dar a entender la identidad de la naturaleza... porque no puede afirmarse tanta semejanza entre el Creador y la creatura sin que haya de afirmarse mayor desemejanza». Cf. *Ib.* (DH 803), la unidad de las personas divinas no es «a la manera como muchos hombres se dicen un pueblo o muchos fieles una Iglesia».

²⁵ También *Lumen Fidei* 37: «Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puerto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz... La palabra recibida se convierte en respuesta, confesión y, de este modo, resuena para los otros, invitándolos a creer... La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz». Ya s. Juan Pablo II, *Redemptoris missio* 2: «La fe se refuerza dándola».

²⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 221: «[Deus] aeternae est amoris commercium, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nosque destinavit ut huius simus participes». [Él mismo es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en Él].

²⁷ *Libro de la Vida*, 22, 14.

consumación (*télos*) de la vida. La fe es el principio; el amor la consumación»²⁸.

La encíclica finaliza con un breve capítulo dedicado a María, «bienaventurada la que ha creído» (Lc 1,45), y en la que, nos dice el Papa, «la fe ha dado su mejor fruto» (LF 58). El capítulo concluye a su vez con una oración a la que es madre de la Iglesia y madre de nuestra fe (cf. LF 60). Entresaco de ella algunas frases:

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.

+Luis F. Ladaria

²⁸ *A los efesios XIV 1 (FP 1, 116-117).*

